

Trazas de los '60 a los '70. Entre la primavera y la tormenta

Victoria Castro¹

Ingresé a la gloriosa y gran Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile en 1964. Solo quería estudiar Filosofía, carrera que exigía un alto puntaje en el Bachillerato... Pude ingresar en el mes de abril. Feliz con un nuevo mundo de libertad, cuestión fundamental para mí, porque estudié en un internado por seis años y medio. Fantástica carrera, excelentes profesores y compañeros, grupos de estudios transversales. Sin embargo, la experiencia del primer año, valiosísima por cierto, me provocaba una cierta incomodidad conmigo misma; a poco andar, encontraba al “resto del mundo”, es decir, a la gente de otras disciplinas, demasiado simples. Con esa sensación, me fui meditando en un largo viaje hasta la Patagonia, con mis amigos de la carrera. Viaje entretenido, conociendo personas, más allá del grupo, diferentes en sus labores. De regreso en el barco y en cubierta, converso con una señora francesa, que me cuenta que es arqueóloga, que viene de los lugares donde trabajó con su esposo. Es Annette Laming-Empeaire. Me impresiona, me gusta ese quehacer que ella relata. Supongo que mi cabeza elabora que necesito combinar la “metafísica” con algo más afianzado en la tierra. Así es como busco y encuentro en el Pedagógico, unos cursos que dictan en el departamento de Historia sobre Arqueología, a los que puedo ingresar siempre que curse regularmente otra carrera en la Chile. Perfecto. De hecho, yo seguí mi carrera de Filosofía a la par con estos cursos. Me resultaban sencillos, casi un divertimento. Y por supuesto en esa época desde mi ingreso hasta que termine todos mis estudios de pregrado, no tuve que pagar ni siquiera matrícula. Tenía beca completa, para lo cual debía sólo cumplir con mantener siempre un 5,5 de promedio. Aparte, recibía vales de alimentación de desayuno, almuerzo y comida, incluyendo sábados y domingos y en vacaciones; los libros de Filosofía, me los compraba originales la Fundación Liga de Estudiantes Pobres, y mis anteojos los proveía el Club de Leones de Ñuñoa. Para médicos el SEMDA, un servicio médico que se prestaba en el J.J. Aguirre. La visitadora social recomendó para mí la beca completa, con la que yo pudiera vivir a gusto en un lugar a mi elección fuera de la Facultad y no sintiera de nuevo la sensación de dependencia del internado. Mi padre había fallecido a medio año de entrar al internado cuando yo tenía 11 años, y mi madre cuando me faltaba medio año para concluir la secundaria, de modo que toda esta gratuidad estaba más que justificada. Era la educación gratuita y al obtener mis títulos, solo pague 14 pesos en estampillas universitarias. Definitivamente otros tiempos.

El programa de Arqueología funcionaba en unas dependencias que colindaban con avenida Grecia y donde, muchos años después, se instaló el jardín infantil de la sede oriente, para estudiantes y funcionarios. Allí entre el 71 y el 73, asistieron mis hijos Fernando y Antonio, y Tamara, la hija mayor de José Berenguer.

1 Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile, Capitán Ignacio Carrera Pinto 1045, Ñuñoa, Santiago. Departamento de Antropología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Alberto Hurtado, Almirante Barroso 10, Santiago. E-mail: vcastror53@ gmail.com

Eran unas casitas prefabricadas, donde los profesores Mario Orellana, Bernardo Berdichewsky, Don Juan y Carlos Munizaga, guardaban los materiales arqueológicos y uno podía ir a aprender en los modestos pero funcionales laboratorios. En ese lugar conocí en 1965 al Flaco (Fernando, mi esposo cinco años después y hasta hoy), que también estuvo tres años en Arqueología; en el presente, sigue siendo compañero de arqueólogos, sea por terreno, mapas, fotografía o diseño y diagramación de libros y catálogos. Nuestra profesora Grete Mostny era entonces directora del Museo Nacional de Historia Natural y su ayudante, Carlos Urrejola, nos enseñaba allá, sobre culturas precolombinas a través de sus materialidades. La sección de arqueología del Museo fue para nosotros un espacio de aprendizaje y conocimiento de otras personas con intereses en la arqueología, el profesor Julio Montané y el profesor Hans Niemeyer, más tarde nuestro profesor de topografía. Siempre diligentes para atendernos, Eliana Durán, jefa de la sección de Antropología; y el personal de apoyo, Nieves Acevedo y José Miguel Azocar. Paulatinamente, fuimos también conociendo al Dr. Virgilio Schiapacasse, compañero de ruta de Hans y un gran maestro, sin ser profesor formal... Finalmente, un gran amigo.

Es curioso lo que escogemos para estudiar. Logrando salir de esa sensación de pedantería intelectual que sentía me amenazaba, descubrí que tanto la Filosofía como la Arqueología se hermanaban ambas en el contexto del descubrimiento y en el ámbito de la especulación generadora de pensamiento. Eso me dejó tranquila y contenta. Seguí con mi vida y mi grupo en Filosofía, más explícita en mis sentimientos y fui adquiriendo amistades de toda la vida en Arqueología.

Desde que perdí a mi padre sentí rebeldía y solo podía expresarla en pequeños actos, como tratar de formar un centro de alumnas en el liceo, o formar un grupo de acción cultural, que nos permitiera una tarde de cine o no responder en los exámenes orales; en fin, eso significó que varias veces tuve castigo sin salir sábado o domingo.

Cuando ingrese a la U, aún vivía con mi hermana a quien admiraba y admiro muchísimo. Ella era militante socialista, pero nada más lejos que involucrarme. Yo siempre sentí que no tenía disciplina de partido y así se lo plateé a la gente del PC que me invitaba a ingresar a sus filas en primero de Filosofía. Elegí otros caminos por la injusticia social; mucho más prácticos que doctrinarios. Desde el “peda” acompañaba como independiente a los compañeros a protestar en la calle. Desde filosofía hice mi vida política hacia afuera, silenciosamente, nunca pretendí figurar ni tener audiencia política. Trabajé en organizar actos culturales en las poblaciones, en apoyar a otros compañeros más visibles. Participaba por otra parte, de los actos dentro del pedagógico, los que en ocasiones solían cerrarse con un pastelito y un té, en compañía de Freddy Taberna, nuestro flamante presidente del centro de alumnos, su compañera, Ginny y otros amigos, en un pequeño local por Macul, frente a la calle José Domingo Cañas.

Cerca de Macul con Irrarázaval, estaba la Librería Blest Gana. Ahí abrí una cuenta al crédito para comprar de vez en cuando algo de literatura o de arqueología. Así por ejemplo, conservo una guía de crédito del 19 de mayo de 1966 a mi nombre por la compra de *Los Antiguos Mexicanos a través de sus crónicas y cantares* de Miguel León Portilla, libro que atesoro y releo hasta hoy. Era un tiempo con futuro, hermoso y esperanzador, con intensa oferta cultural gratuita y una cineteca extraordinaria. Faltaba tiempo para tanto quehacer, ir a un concierto, asistir al teatro, gozar de obras ofrecidas, exposiciones y charlas ofrecidas por una Universidad integrada, nacional y con excelente calidad en todos sus frentes.

En arqueología, me fascinó la prehistoria de América que enseñaba el profesor Orellana, el Arte Precolombino y la Antropología cultural de la doctora Grete Mostny, el Seminario sobre los orígenes del Estado que dictaba el profesor Berdichewsky. Después, cursos y Seminarios de Antropología social del profesor Carlos Munizaga y antropología física, con su sobrino Juan. Teníamos una sólida formación en geografía y todos nuestros profesores estaban enamorados de su oficio. Se sentía en la especialidad y en las diversas materias que podías tomar en la U, sin trámites y optar por una

formación holística. Así, podías llegar a tener 50 “papeletas”, un recibo manuscrito formado por una Comisión compuesta por el profesor titular de cátedra y dos profesores más que estaban presentes y muy solemnes, al ofrecerte nota o tomarte examen. Esos documentos tenían la fecha, tu nombre y el de la cátedra que aprobabas y eran el documento oficial para solicitar tu concentración de notas.... Prácticamente todos los cursos eran anuales, lo que te permitía estudiar en profundidad, meditar muy bien tu trabajo final y tener la satisfacción de eximirte si querías, aunque muchos peleábamos por las décimas.

En algún momento de esta historia, por el 68, en tiempos de plena Reforma universitaria con intensa vida cultural y mientras en París, estallaba la revolución de las flores con Cohn Bendit a la cabeza del movimiento de la Sorbonne y en Filosofía analizábamos *Los condenados de la Tierra*, de Franz Fanon, con prólogo de Paul Sartre, se abren unos concursos de antecedentes y oposición para los cursos de Arqueología. Ello significaba sortear un tema y que te dieran tres meses para prepararlo. Había que hacer una clase pública frente a una comisión, pero todo “examen de oposición”, era avisado con letreros del día, la hora, la sala y la materia que trataría en todo el pedagógico. Nos presentamos Carlos Thomas y yo y sorteamos el mismo tema. Lo bueno fue que un concurso era en calidad de interino y otro a contrata, así es que cada uno compitió con sí mismo y ganó cada uno su concurso. Entramos a la carrera académica de la U con el nombre de ayudante meritante desde posiblemente octubre de 1969, cargo remunerado.

Mi primer terreno fue el año 1965, con el profesor Berdichewsky en “los túmulos de Bellavista”. Estuve excavando un túmulo junto a un concripto en un extremo del sitio. Gentil y religiosamente este concripto compartía diariamente sus sandwich de “pebre” conmigo, todas las mañanas alrededor de las 11 am. Dormíamos en unas carpas del ejército con catres de campaña. Ellos también cocinaban para nosotros. Les cuento que el túmulo estaba vacío...; bien hecho, con figura de túmulo pero sin sepultura y ofrendas. Me pareció en ese entonces que la gente se adelantaba al deceso de sus deudos.

Para el año 1966, había ganado un espacio en el equipo de terreno del profesor Mario Orellana, al que pertencí hasta enero de 1973, practicando terrenos al menos unas tres veces al año en río Salado, principal afluente de El Loa. Pololeando con el Flaco, quien pasaba horas interminables entre la topografía y los dibujos del arte rupestre junto a otro estudiante de arquitectura y arqueología, Ismael “mota” Mascayano. Campamentos en Chiu Chiu y Ayquina, trabajando en Loa Oeste 3, en el pukara de Turi, en el Alero Toconce varias temporadas. La penúltima, esperando a mi primer hijo, Fernando, en los 70'. Implacable sol de mediodía, frío nocturno y matutino, cielo maravillosamente estrellado y una fascinación indescriptible por “el norte” hasta hoy. Verdaderamente ahí aprendí, junto a Carlos Urrejola y Carlos Thomas que eran los otros ayudantes de terreno y que estaban desde antes en este grupo.

A mediados y más de los '60, estudiando. Urrejola nos hacía dibujar las piezas del Museo Nacional de Historia Natural, especialmente las vasijas de la Secuencia de Arica, para no olvidarlas y aprender a describir con lujo de detalles. Mientras, Orellana nos enseñaba laboratorio de lítico y cerámica: también Carlos Urrejola. Fue Carlos quien me preparó para mi examen de oposición de ingreso a la carrera académica, habiendo sorteado material lítico de la Provincia de El Loa, que aprobé con un 7. No volaba una mosca en ese examen lleno de gente y luego de concluir, la comisión te sometía a ronda de preguntas. Muy solemne todo.

Recuerdo mis estudios de Etnografía para el profesor Bernardo Valenzuela con Carlos U. junto a unas aceitunas y un buen pisco. Muy entretenidos con las historias de los jíbaros y la etnografía amazónica.

Ganado el concurso, estudiaba paralelamente Filosofía y Arqueología, trabajaba ocasionalmente los fines de semana en encuestas de la oficina de marketing “Salas y Reyes”, consultando en hogares de Las Condes, Providencia y la población José María Caro. Toda una experiencia llena de contrastes. Aprendía que esta diversidad en lo que emprendía, me permitía comprender mejor el mundo. En

tiempo de vacaciones de verano, en el mes de diciembre, trabajaba en tiendas de regalos para ayudar a vender y hacer paquetes y luego, todo el mes de enero, habitualmente trabajaba en el Instituto de Educación de la Universidad de Chile, revisando encuestas de deserción escolar del país, sumando y restando cifras en unas enormes máquinas “sumadoras”. Los investigadores de este Instituto, compañeros de mi hermana y ella misma, eran muy solidarios y simpáticos y me integraba durante ese mes a todas sus actividades y celebraciones.

En las clases de Arqueología, de vez en vez, el profesor Orellana invitaba a su colega Julio Montané. Allí escuchábamos de una Arqueología social, se tratase del Paleindio u otra materia. Era una persona absolutamente clara en su ideología de izquierda y no la ocultaba, lo que no le restaba méritos a ninguno de los profesores. De Lautaro Núñez no teníamos noticia, salvo comentarios sobre “el trabajo de Núñez”. Entonces, muchos de nosotros, nos sentíamos compelidos a leerlo con fruición y nos encantaba una postura más interpretativa de la historia precolombina. Así es que por invitación o no, leíamos todo lo que caía en nuestras manos y lo aprovechábamos.

Santiago en ese entonces era una ciudad muy tranquila. Recuerdo que antes de cumplir los 21, cuando vivía en Valenzuela Castillo en Providencia, iba a estudiar Filosofía de las Ciencias donde un compañero en la calle Manuel Montt cerca de Irrazaval y podía regresar a pie a mi casa, sola y sin peligro alguno. En esa época llegar a “las termas de Macul”, como algunos simpáticamente llamaban al Pedagógico por sus amplios jardines y pastos, donde descansábamos o estudiábamos, requería dos o hasta tres “micros” desde Providencia; a veces caminaba un tramo si tenía tiempo, porque era como pasear, sin smog, sin peligros y conociendo la ciudad en más detalle; me gustaba como hoy, ver el despertar de los oficios tempraneros y sentir el aire fresco de la mañana.

Cuando me inscribí en los cursos de Arqueología, aparte de los profesores que impulsaron este Programa, ya estaba el estudiante y ayudante Carlos Urrejola, uno de mis grandes amigos y Carlos Thomas. Mi cercanía con ellos se debió inicialmente supongo a mi dedicación y a las jornadas de terreno conjuntas. También quizá con ellos, habían ingresado Julie Palma y Silvia Quevedo y otras compañeras que no continuaron. Pronto se integra José Berenguer, con quien participamos de la campaña de Loa Oeste 3, una excavación sorprendente a nuestros ojos. Años más tarde, estudiamos los materiales del sitio, para colaborar en la publicación que presentamos con el prof. Mario Orellana al VI Congreso de Arqueología chilena. Las sesiones fueron en el salón de Honor de la U. Almorzamos con Pepe en el viejo restaurant Indianápolis que aún está en el mismo lugar, haciendo nuestros últimos aprontes para nuestra “entrada en sociedad”. Teníamos que exponer los tres. Habíamos preparado con mucha aplicación nuestro estudio del material lítico, para contribuir de la mejor manera a la ponencia y la posterior publicación². Esperaba de unos tres o cuatro meses a mi segundo hijo, Antonio.

Para el Congreso de Arqueología, conocimos a Ponce Sanginés, arqueólogo boliviano, una especie de señor feudal de Tiwanaku y que escribía muchísimo sobre el tema de su especialidad. Ya conocíamos a Le Paige s.j., los que pasábamos después de terreno con Don Mario a San Pedro y nunca era posible saber si ambos profesionales estarían de amigos o enemigos. Nosotros solo escuchábamos y observábamos. Sin embargo, para nosotros estudiantes lo máximo era conocer al Dr. Luis Guillermo Lumbreras, de quien sabíamos por sus libros y porque posiblemente desde antes del 70, venía a hacer clases a la Carrera de Arqueología de Concepción. Fueron excelentes encuentros y enseñanzas que recibimos de él en esta y otras estadias.

Por el año '70, ya éramos muchos más, la mayoría compañeros y luego amigos hasta hoy. Ingresó Fernanda Falabella, María Teresa Planella, Consuelo Valdés (de Historia); Blanca Tagle (de Filosofía), Carlos Aldunate de Leyes, Ángela Jeria que trabajaba en la Editorial Universitaria, Iván Solimano que trabajaba en el Instituto Chileno del Acero y fue del equipo de Niemeyer y Schiapacasse. Admirable Ángela, que mientras su hija ingresaba a medicina en la U. de Chile, ella entro a Arqueología. Eran

2 Hay una foto del día aquel, con Adriana Goñi, José Berenguer y yo...

los '70 y con Ángela estudiábamos religiosamente topografía en su casa, no sin antes almorzar y ver una excelente teleserie que se llamaba “La Tormenta”, sobre la revolución mexicana. Con María Teresa, en mi casa de Brunellesco, estudiábamos la Geografía.

Hacia los años '69, concluía mis estudios regulares de Filosofía y Arqueología tomaba cuerpo como Carrera, gracias al empuje de su cuerpo académico y también gracias al Centro de alumnos que habíamos creado en 1968, con Iván Solimano a la cabeza. El hecho de que Arqueología sería una licenciatura, me hizo migrar de la licenciatura en Filosofía y en vez de hacer los años de griego y latín, hice dos años de ramos pedagógicos para seguir la opción de Pedagogía en Filosofía. A fines de los 70, con una historia de otro costal de por medio, logre hacer mi práctica profesional docente en un deprimido Liceo Manuel de Salas, muy intervenido, mientras ya hacia mis clases de Prehistoria, al curso de Carlos Ocampo, Francisco Mena, Nuriluz, Pilar Alliende, José Miguel Ramírez... Pero esa es una historia post 73.

Personalmente, el hecho de que mis hijos mayores, Fernando y Antonio nacieran el 71 y 72, me protegió mucho en mi hogar para lo que vendría. Estuve por esos tiempos participando en salidas a terreno, no solo al Alero Toconce, sino también a las sierras de Chacabuco como ayudante de teoría y métodos; me acerque más a mis compañeros de Arqueología, ya que no tenía deberes curriculares con Filosofía excepto la memoria y la práctica profesional. En enero de 1973, el profesor Orellana director del proyecto “*Patrones de Asentamiento en Río Salado*”, nos autorizó que Carlos Urrejola y yo, junto a las alumnas de la carrera de Antropología social, Marieta Ortega y Cristina Farga, subiéramos (en altitud en msnm y en independencia) a hacernos cargo del primer trabajo sistemático a realizar en las chullpa de Toconce. Estudiamos mucho con Carlos, como confeccionar una excelente ficha de registro para estas edificaciones. Fue un terreno hermoso, con la esperanza de volver en el año y proseguir nuestros estudios en el complejo arqueológico, que luego llame “El Núcleo Aldeano de Toconce”. No pude regresar sino hasta 1975, para recomenzar; Carlos U. estuvo preso en Tejas Verdes y luego partió al exilio, para volver al menos una década después. Fueron años muy duros y tormentosos y en muchos sentidos me siento una sobreviviente. Sin embargo, me quede en Chile y soy una agradecida de la vida, de mi familia, mis amigos, compañeros y alumnos. Viva la Arqueología...

Santiago, Septiembre, la Primavera de 2014